



ACTO II

ESCENA PRIMERA

Una sala en casa del Duque de Friedland

Algunos criados colocan sillas y extienden alfombras. Poco después sale SENI, astrólogo italiano, vestido de un modo extravagante y de negro. Se adelanta hasta el centro de la sala, con una varita blanca en la mano, y con la cual señala los puntos cardinales.

CRIADO 1.º (*trayendo un pebetero.*)

LISTO! ¡Listo!... Ya está el centinela llamando á la guardia... No pueden tardar...

CRIADO 2.º —¿Por qué han dejado el gabinete rojo del mirador, que tiene tan buenas luces?

CRIADO 1.º —Pregúntaselo al matemático. Dice que es de mal agüero.

CRIADO 2.º —¡Qué necedades!... Eso es burlarse de la gente... Una sala es una sala. ¿Qué importa el sitio?

SENI (*con gravedad*). — Hijo mío, en este mundo nada es insignificante; pero lo primero y principal en todo lo terreno, es el lugar y la hora.

CRIADO 3.º —Déjalo, Nathaniel; hasta el amo se conforma con sus órdenes.

SENI (*contando las sillas*) — ¡Once!... ¡Mal número! Poned doce sillas. Doce signos tiene el zodiaco; cinco y siete; los números sagrados no pasan del doce.

CRIADO 2.º —Vamos á ver, ¿qué tenéis que decir contra el once?

SENI. — Once es el pecado. Once pasa de diez, y diez son los mandamientos.

CRIADO 2.º —¿Y por qué llamáis sagrado al cinco?

SENI. — Cinco es el alma humana; así como el hombre se compone de bien y de mal, forman el cinco un número par y otro impar.

CRIADO 1.º — ¡Qué loco!

CRIADO 3.º —Dejadlo... Á mí me gusta oírle; lo que dice da siempre en qué pensar.

CRIADO 2.º —Vamos; ya están aquí; salgamos por la puerta lateral. (*Se van. Seni los sigue con lento paso.*)

ESCENA II

WALLENSTEIN, LA DUQUESA

WALLENSTEIN. — ¿Con que, duquesa, habéis pasado por Viena y visto á la reina de Hungría?

LA DUQUESA. — Y á la emperatriz. Sus Majestades nos concedieron audiencia.

WALLENSTEIN. — ¿Y qué dicen de mi resolución de llamaros aquí con mi hija, durante el invierno?

LA DUQUESA. — Como ordenasteis, he dado á com-

prender que queríais casar á nuestra hija y que deseábais presentarla á su futuro antes de entrar en campaña.

WALLENSTEIN.—¿Sospechan quién es el elegido?

LA DUQUESA.—Desean vivamente que no sea ni extranjero ni luterano.

WALLENSTEIN.—Y vos, Isabel, ¿qué deseáis?

LA DUQUESA.—Ya sabéis que vuestra voluntad ha sido siempre la mía.

WALLENSTEIN (*después de una pausa*).—Bien... Por lo demás, ¿qué acogida habéis tenido en la corte? (*La duquesa baja los ojos y calla.*) Nada me ocultéis. ¿Cómo os ha ido?

LA DUQUESA.—¡ Ah, esposo mío! No tan bien como antaño. Las cosas han cambiado mucho.

WALLENSTEIN.—¡Cómo es eso! ¿No os han mostrado la misma consideración?

LA DUQUESA.—Consideración, desde luego. Me recibieron con gran aparato y ceremonia, eso sí; pero la confianza y la familiaridad se han trocado en fórmulas solemnes, y los tiernos miramientos que me prodigaron, tenían más de compasivos que de afectuosos... ¡ Ah, no!... no merecía eso la esposa del duque Alberto, la noble hija del conde Harrach!

WALLENSTEIN.—Sin duda censuraron mi reciente conducta...

LA DUQUESA.—¡Ojalá lo hicieran! Harto acostumbrada estoy á justificaros y á persuadir y calmar los ánimos irritados contra vos... Pero, no; lejos de criticaros, todos se encerraban en ceremonioso silencio que me oprimía. Lo que ha mediado no es un desacuerdo ordinario, ni un disgusto pasajero, no,... algo fatal é irreparable sucede. Antes la reina de Hungría acostumbraba llamarme siempre *su querida prima*... me abrazaba siempre al despedirse.

WALLENSTEIN.—¿Y no lo hizo esta vez?

LA DUQUESA (*enjugándose las lágrimas; después de una pausa*).—Sí, me abrazó, pero en el momento de irme; estaba ya en la puerta, cuando corrió hacia mí, como si volviese en su acuerdo, y me estrechó contra su pecho conmovida, más que de afecto, de tristeza.

WALLENSTEIN.—Tranquilizaos... ¿Cómo habéis dejado á Eggenberg, á Lichtenstein y á los demás amigos?

LA DUQUESA (*meneando la cabeza*).—A ninguno de ellos he visto.

WALLENSTEIN.—¿Y el embajador español que solía defenderme con tanto calor?

LA DUQUESA.—Ya no despegaba los labios.

WALLENSTEIN.—¡Con que el sol no luce ya para nosotros! Fuerza será que brillemos con luz propia.

LA DUQUESA.—¿Pero es verdad que dicen aquí en voz alta lo que se murmura en la corte?... Algunas palabras de Lamormain...

WALLENSTEIN (*con viveza*).—¿Qué dice Lamormain?

LA DUQUESA.—Os acusan de extralimitaros en vuestros poderes y de menospreciar las órdenes del Emperador. Particularmente los españoles, y el orgulloso duque de Baviera, se quejan públicamente de vos. Os amaga una tempestad más formidable todavía de la que estalló en Ratisbona... Dicen... que se habla... no puedo repetirlo.

WALLENSTEIN (*impaciente*).—¿De qué?

LA DUQUESA.—De una segunda... (*Se detiene.*)

WALLENSTEIN.—¿De una segunda?

LA DUQUESA.—Y afrentosa... destitución.

WALLENSTEIN.—¡Esto dicen! (*Se pasea agitado.*) ¡Ah!... Quieren forzarme á ello... me empujan á ello contra mi voluntad.

LA DUQUESA (*se abraza á él mimosa y suplicante*).—Oh! esposo mío!... Si es tiempo todavía... si con la sumi-

sión y la condescendencia podéis desviar el golpe, someteos y dominad vuestro orgullo, os lo suplico... al fin y al cabo, cedéis á vuestro soberano, á vuestro emperador... Evitad que, como hasta ahora, manche la perversidad vuestros nobles intentos con envenenadas y odiosas insinuaciones, y armado con el victorioso poder de la verdad, alzaos á confundir la calumnia y la mentira! ¡Ah! ¡tenemos tan pocos amigos verdaderos!... Harto lo sabéis. Nuestra rápida prosperidad nos hizo blanco del odio de los hombres: ¿qué somos si el Emperador nos retira su protección?

ESCENA III

Dichos. LA CONDESA TERZKY, trayendo de la mano á la PRINCESA TECLA

LA CONDESA.—¡Cómo, hermana mía! Ya le estás hablando de negocios, y, por lo que veo, de negocios molestos, aun antes de regocijarle con la vista de su hija? Los primeros momentos se han de consagrar á la alegría... Mira, papá, á tu hija.

(Tecla se acerca con timidez é intenta besarle la mano. Él la abraza, y la contempla un momento embebecido.)

WALLENSTEIN.—Ah, sí; veo realizada mi más cara esperanza. La recibo en mis brazos como prenda de mayor dicha.

LA DUQUESA.—Muy niña era cuando partisteis á organizar el ejército imperial, y á vuestro regreso de Pomerania, se hallaba ya en el convento, donde ha estado hasta hoy.

WALLENSTEIN.—En efecto, mientras guerreando trabajaba para engrandecerla, y le conquistaba los bienes de la tierra, la benéfica naturaleza derramaba sus favores sobre mi hija querida, entre los muros del

claustro, y la embellecía generosa para su brillante destino.

LA DUQUESA (*á la princesa*).—¿Verdad que no hubieras conocido á tu padre?... Ocho años tendrías cuando lo viste por última vez.

TECLA.—Pero aun así, madre mía, le hubiese conocido á primera vista. Para mí no ha envejecido... Le veo tan hermoso y floreciente!... tan parecido á la imagen grabada en mi alma!

WALLENSTEIN (*á la duquesa*).—¡Qué buena es! ¡Cuánta gracia y discreción!... Acusaba al destino por haberme negado un hijo varón, que heredase mi nombre y mi fortuna, que perpetuase mi linaje con orgullosa sucesión de príncipes después de mi breve existencia, y estaba realmente injusto. Sobre esta sonriente cabeza de doncella depondré mi corona de triunfador; no ha de parecerme inútil y perdida, si puedo trocarla un día en diadema real con que adornar tan hermosa frente.

(*La estrecha entre sus brazos todavía, cuando sale Max.*)

ESCENA IV

Dichos.—MAX PICCOLOMINI, luego EL CONDE TERZKY

LA CONDESA.—Ahí tenemos al paladín que nos ha protegido.

WALLENSTEIN.—Bien venido seas, Max. Siempre fuiste para mí mensajero de ventura; como la estrella de la mañana, precedes al sol de mi vida.

MAX.—¡Mi general!

WALLENSTEIN.—Hasta ahora el Emperador y no yo, te protegía por mi mano; desde hoy te quedo tiernamente obligado como padre; Friedland en persona ha de pagar la deuda.

MAX.—En lo cual, príncipe, os mostráis harto diligente. Casi pesaroso y confuso llego á vuestra presencia, porque, apenas venido y cuando no he tenido tiempo de poner en vuestros brazos á vuestra hija y á vuestra esposa, me encuentro con un magnífico tren de caza para recompensarme de mi fatiga. ¡De mi fatiga! ¿No fué más bien un favor, que me apresuré á aceptar, y por el cual os debo la más viva gratitud?... No; no creáis por lo visto que semejante encargo era para mí la mayor dicha.

(Sale Terzky y entrega al duque unas cartas que éste abre en seguida.)

LA CONDESA (á Max). —Él no quiere pagar vuestro trabajo sino manifestaros su alegría. Si á vos os toca portaros con delicadeza, á mi cuñado le corresponde también parecer siempre grande y magnífico.

TECLA.—Entonces también yo debiera dudar de su cariño, porque antes que su ternura me ha mostrado su generosidad con mil regalos.

MAX.—No vive sino haciendo la felicidad de los demás. (Con creciente calor, estrechando la mano á la duquesa.) ¡Todo se lo debo! ¡todo se encierra para mí en su caro nombre, Friedland! Esclavo suyo he de ser mientras viva. En él se contiene toda mi ventura, toda mi esperanza, y la suerte me encadena con mágico poder á este nombre.

LA CONDESA (que en tanto habrá observado al duque con atención, nota que le preocupa la lectura de las cartas).—Quiere estar solo; dejémosle.

WALLENSTEIN (se vuelve rápidamente, afecta serenidad, y dice á la duquesa con calma).—Bienvenida, princesa, lo repito; esta es vuestra corte. Tú, Max, continúa ejerciendo las funciones que te confié, mientras me ocupo yo en los asuntos del mando.

(Max ofrece el brazo á la duquesa; la condesa se va con Tecla).

TERZKY (llamando á Max).—No dejéis de asistir á la reunión.

ESCENA V

WALLENSTEIN.—TERZKY

WALLENSTEIN (abstraído profundamente, y como hablando consigo mismo).—Lo ha observado todo perfectamente; cuanto dice, concuerda con mis noticias. En Viena han tomado ya su resolución definitiva: ya me han dado sucesor. Ahora esperan su salvación del hijo del Emperador, el rey de Hungría. Este es el nuevo astro que amanece. Cuanto á nosotros, lo dan todo por concluido, y disponen de la herencia como si estuviera yo difunto... Con que ¡no hay momento que perder! (Se vuelve, advierte que está allí Terzky y le da una carta.) El conde Altringer y Gallas se excusan..... ¡Malo!

TERZKY.—Prosigue vacilando y te abandonarán uno tras otro.

WALLENSTEIN.—Altringer ocupa los desfiladeros del Tirol: conviene mandarle un enviado cualquiera para que no vaya á dejarme salir á los españoles de Milán... Senina, nuestro agente ha vuelto, ¿verdad?... ¿Qué nos trae de parte del conde Thurn?

TERZKY.—El conde dice que fué á ver al canciller de Suecia en Halberstadt, donde ahora se halla. Dice que estaba cansado de tratar contigo y no quería entablar ninguna otra negociación.

WALLENSTEIN.—¿Cómo es eso?

TERZKY.—Añade que nadie puede fiar en tu palabra; que pretendes burlar á los suecos, unirte con los sajones contra ellos, y á la postre despedirlos por una miserable cantidad.

WALLENSTEIN.—¡Esto es!... ¿Quiere, por ventura, que suelte entre sus uñas como una presa, alguna hermosa comarca de Alemania? quiere que nos despojemos de nuestro propio suelo? ¡Fuera!... ¡fuera! Ninguna necesidad tenemos de tales vecinos.

TERZKY.—Pues yo les acordaría, no obstante, alguna pequeña porción. Al fin y al cabo no es la tuya. ¿Qué te importa quien paga si tú sales siempre ganando?

WALLENSTEIN.—No, no; fuera, fuera. No me comprendes. No han de decir de mí que hice pedazos la Alemania, y la vendí al extranjero para escamotear una porción de ella. Yo quiero que el imperio honre en mí á su protector, y sentarme dignamente entre sus príncipes después de haber mostrado grandeza de alma. No ha de echar raíces aquí ninguna potencia extraña, y mucho menos la hambrienta raza de los godos que contempla con envidia y rapacidad las fértiles campiñas de nuestra tierra alemana. Han de ayudarme, sin sacar nada en cambio.

TERZKY.—¿Y usarás de más lealtad con los sajones?... Te advierto que pierden ya la paciencia con tu tortuosa conducta. ¿Qué intentas hacer con tantos disfraces? Habla claro. Tus amigos dudan y ya no saben qué pensar. Ni Oxerstiern ni Arnheim, ni nadie comprende tus vacilaciones, y en último resultado paso por un embustero. Yo respondo de todo, y ni siquiera tengo un escrito de tu puño y letra.

WALLENSTEIN.—Ya sabes que no doy á nadie un escrito mío.

TERZKY.—¿Y en qué reconocerán tu sinceridad, si tus acciones no corresponden nunca á tus promesas?... Tú mismo debes comprenderlo... Desde que entraste en negociaciones con el enemigo, todo ha ido ocurriendo como si quisieras burlarle.

WALLENSTEIN (*tras un momento de silencio, y mirán-*

dole fijamente).—¿Y quién te dice que ésta no sea mi intención? mofarme de ellos y de vosotros todos. ¿Tanto me conoces? Que yo sepa, á nadie he mostrado claramente el fondo de mi alma. Verdad que el Emperador se portó muy mal conmigo y podría, si quisiera, causarle grandes perjuicios; me complazco en ver claramente que lo puedo; pero ni tú ni nadie sabe si realmente quiero causárselos.

TERZKY.—¡Entonces juegas continuamente con nosotros!

ESCENA VI

Dichos.—ILLO

WALLENSTEIN.—¿Qué ocurre por allí?... ¿Están dispuestos?

ILLO.—Á todos los hallarás en la disposición de ánimo que deseas. Conocen las exigencias del Emperador, y están que trinan.

WALLENSTEIN.—¿Y qué dice á esto Isolani?

ILLO.—Es tuyo en cuerpo y alma desde que relevaste su crédito.

WALLENSTEIN.—Y Collalto ¿qué partido toma?... ¿Estás seguro de contar con Deodati y Tiefenbach?

ILLO.—Estos harán lo que hagan los Piccolomini.

WALLENSTEIN.—¿Entonces puedo contar con ellos?

ILLO.—Si estás seguro de los Piccolomini.

WALLENSTEIN.—Como de mí mismo. Estos no me abandonarán jamás.

TERZKY.—Por mi parte quisiera que no confiaras tanto en ese zorro de Octavio.

WALLENSTEIN.—¿Has de enseñarme tú á conocer á los hombres? En diez y seis combates le tuve á mi lado. Fuera de que consulté su horóscopo; nacimos

bajo la misma constelación y... en una palabra... (*misteriosamente*) tengo particulares motivos... Si me respondéis de los otros...

ILLO.—Un solo pensamiento los anima: que no abandonen el mando. Creo que quieren mandarte una diputación.

WALLENSTEIN.—Si he de contraer con ellos algún compromiso, justo es que ellos en cambio se obliguen á algo conmigo.

ILLO.—Por supuesto.

WALLENSTEIN.—Prométanme por escrito y bajo juramento que se consagrarán á mi servicio sin reserva.

ILLO.—¿Por qué no?

TERZKY.—¿Sin reserva? Siempre dejarán á salvo sus deberes para con el Austria y el Emperador.

WALLENSTEIN (*moviendo la cabeza*).—Quiero esta promesa sin reserva alguna. No acepto ninguna condición.

ILLO.—Me ocurre una idea... Esta noche creo que nos da un banquete el conde de Terzky.

TERZKY.—Sí, y están invitados todos los generales.

ILLO (*á Wallenstein*).—Dí: ¿quieres concederme plenos poderes? Yo te traeré la promesa de todos los generales, conforme desees.

WALLENSTEIN.—Tráemela por escrito. El modo de obtenerla es cuenta tuya.

ILLO.—Y, si de un modo ú otro pruebo con un documento en la mano que todos los generales aquí reunidos se entregan ciegamente, ¿obrarás entonces con formalidad y tentarás la fortuna con audacia?

WALLENSTEIN.—Tráeme el escrito.

ILLO.—Medita lo que haces. Tú no puedes cumplir las exigencias del Emperador y debilitar el ejército, permitiendo que se una á los españoles, si no quieres que se te vaya de las manos para siempre tu poder. Por otra parte, si no estás decidido á romper con la

Corte, tampoco te es posible despreciar la orden imperial, y seguir con subterfugios y aplazamientos. Decídetes: ¿quieres ganarle por la mano? ¿quieres aguardar al último extremo difiriendo el plan una vez más?

WALLENSTEIN.—Esto es lo más conveniente; aguardar antes de tomar una resolución extrema.

ILLO.—¡Oh! Aprovecha la ocasión favorable antes no se te escape. Se ofrece tan rara vez en la vida la hora decisiva!... Cuando llega el momento de tomar una resolución, todas las circunstancias concurren á ella; pero luégo, una vez los resortes del hado concurren sobre un punto de la vida formando el difícil germen, se separan y dispersan uno á uno. ¡Observa cómo en torno tuyo todo aparece grave y decisivo!... Los primeros y mejores jefes, congregados alrededor de ti, ¡de ti, su real soberano!... sólo esperan la señal. ¡Oh!... No dejes que se dispersen uno tras otro... Luégo te será imposible reunirlos otra vez en todo el curso de la guerra. Esta es la marea alta que levanta el pesado navío y lo lleva lejos de la playa. Cada cual siente crecer su ánimo arrebatado de la corriente de la multitud. Hoy son tuyos, tuyos todavía!... pero bien pronto la guerra los dispersará, y el interés particular y las vulgares exigencias de la vida se sobrepondrán al interés general. Entonces, quien ahora arrebatado de la corriente se olvida de sí mismo, despertará de su embriaguez, y sintiéndose aislado é impotente, volverá al camino trillado del deber buscando salvación y abrigo.

WALLENSTEIN.—No es tiempo aún.

TERZKY.—Siempre estás repitiendo lo mismo. ¿Y cuándo llegará?

WALLENSTEIN.—Cuando yo lo diga.

ILLO.—¡Eso es!... Y mientras aguardas á que suene la hora que han de marcar las estrellas, dejas pasar la de la tierra. Créeme; sólo en tu corazón se halla el astro del destino; fía en ti mismo y resuelve; esta es la

verdadera estrella. La única influencia maléfica que debes temer es la duda.

WALLENSTEIN.—Estás hablando según te es dado alcanzar. ¡Cuántas veces te lo expliqué!... Naciste en el punto en que tocaba á su ocaso Júpiter, el dios de la luz, y no te fué dado penetrar el misterio, ni salir de las tinieblas de la tierra donde vives sumergido como un troglodita. Tu ciega mirada sólo percibe pálidos y teñes fulgores de subterráneo. Puedes, es verdad, juzgar de lo vulgar y terrestre con tacto y prudencia, y por eso tengo en ti confianza y me inclino siempre á tu parecer. Mas para ver los misterios que se realizan en las profundidades de la naturaleza, ó la escala de los espíritus que arrancando del polvo sube hasta los astros, y por donde ascienden y bajan las potencias celestes; para abarcar los cerrados círculos que se estrechan al rededor del sol, su centro natural; para esot, hay que tener los ojos abiertos, hay que ser hijo perspicaz de Júpiter. (*Después de haber dado algunos pasos por la sala, se detiene y continúa.*) Los astros no sirven sólo para medir el día y la noche, la primavera y el verano, el tiempo de la siembra ó de la siega; no. También las acciones de los hombres son como fecunda simiente sembrada en los oscuros campos del porvenir, y confiada por la esperanza al poder de la fortuna. Fuerza es conocer, pues, el tiempo propicio de la siembra por los signos del cielo, á fin de saber si se oculta en ellos con su maléfico influjo el enemigo del éxito y de la prosperidad. Dejádme, pues, aguardar, y haced en tanto lo que os toca. Ahora no puedo decir lo que haré, pero sí que no cederé, eso no: ni yo cederé ni ellos me depondrán. Partid de este supuesto.

UN CRIADO (*sale*).—Los señores generales...

WALLENSTEIN.—Que pasen.

TERZKY.—¿Quieres que entren todos?

WALLENSTEIN.—No hay necesidad. Pueden entrar

los dos Piccolomini, Maradas, Buttler, Forgatsch, Deodati, Caraffa é Isolani. (*Terzky se va con el paje. A Illo.*) ¿Hiciste vigilar á Questenberg?... ¿Habló á alguien particularmente?

ILLO.—Buen cuidado tuve de observarlo. Sólo ha visto á Octavio.

ESCENA VII

Dichos.—QUESTENBERG, los dos PICCOLOMINI, BUTTLER, ISOLANI, MARADAS, y otros tres generales. Á una señal del duque, Questenberg se sienta en frente de él y los demás se colocan por orden de jerarquía.—Pausa.

WALLENSTEIN.—Me he enterado perfectamente, Questenberg, de vuestra comisión, y después de maduras reflexiones he tomado mi partido, que es irrevocable. Conviene, sin embargo, que los generales oigan de vuestros labios la voluntad del Emperador. Dignaos exponer á estos nobles capitanes vuestro encargo.

QUESTENBERG.—Estoy dispuesto á ello; mas antes os suplico que recordéis que hablo sólo como representante de la soberanía y dignidad del Emperador, y no por propio impulso.

WALLENSTEIN.—Excusad los preámbulos.

QUESTENBERG.—Cuando Su Majestad el Emperador confirió el mando del valiente ejército al duque de Friedland, experto y coronado de gloria, fué con la esperanza de ver mudarse bien pronto la suerte de la guerra, y tomar un sesgo más favorable. Pareció al principio que iban á realizarse sus deseos. Libertada Bohemia de los sajones, y detenida la invasión de los suecos, este país empezaba á respirar desde el momento en que el duque obligó á reunirse sobre un solo punto al ejército enemigo disperso por Alemania, y

forzó al ringrave, á Bernardo, á Banner, á Oxenstern, al mismo rey invencible hasta entonces, á reunirse en Nuremberg, y terminar la lucha con una gran batalla decisiva.

WALLENSTEIN.—Al grano, si os place.

QUESTENBERG.—Bien pronto un nuevo espíritu reveló la presencia de un nuevo jefe. No era ya la guerra el choque brutal de un furor ciego contra otro furor más ciego todavía. En las batallas, sabiamente dirigidas, vióse la firmeza resistiendo á la audacia, la habilidad y la prudencia fatigando al arrojo. En vano intentaba el enemigo forzar el combate; el jefe se parapetaba y fortificaba en su campo, como si hubiese querido fundar en él su morada. Entonces, desesperado el rey, arrastra á un asalto á sus tropas, diezmadas por la peste y el hambre, y acostumbrado á no hallar obstáculo alguno en su marcha, intenta abrirse violento paso á través de aquellas trincheras que vomitan la muerte en torno. ¡Jamás se había visto tal arrojo en el acometer, ni tal firmeza en el resistir!... Vióse forzado á retirarse con el ejército destrozado, y sin que tamaño sacrificio de gente le valiera una sola pulgada de terreno.

WALLENSTEIN.—Excusadnos la relación, leída en los boletines, de lo que vimos con nuestros propios ojos con horror.

QUESTENBERG.—Aunque traigo la comisión de presentar algunos cargos, me complace entretenerme en el elogio... En esto el rey de Suecia perdió su reputación en Nuremberg, y la vida en Lutzen. ¿Quién no se sorprendió viendo que tras esta gran jornada huía el duque de Friedland á Bohemia, como si hubiese sido derrotado, y abandonaba el teatro de la guerra, mientras el joven héroe de Weimar avanzaba sin obstáculo por la Franconia, se abría camino hasta el Danubio, y parecía de golpe ante Ratisbona con espanto y terror

de los fieles católicos? De repente, en su mayor apuro clama por socorros el digno principede Baviera. Siete mensajes envió el Emperador al duque de Friedland, rogándole y conjurándole cuando podía mandar como señor... ¡Todo en vano!... El duque sólo atiende en aquel supremo instante á su rencor, á sus antiguos odios; sacrifica el bien público al deseo de vengarse de su antiguo enemigo, y Ratisbona sucumbe.

WALLENSTEIN.—¿A qué tiempo se refiere, Max?... Lo tengo olvidado...

MAX.—Habla de cuando estábamos en Silesia.

WALLENSTEIN.—¡Ah!... sí... ¿A qué habíamos ido allí?

MAX.—A batir á los sajones y á los suecos.

WALLENSTEIN.—Está bien. Con la descripción me olvido de toda la guerra. (*A Questenberg.*) Continúad.

QUESTENBERG.—Acaso iba á desquitarse en el Oder de lo perdido vergonzosamente á orillas del Danubio. Todos esperaban ver desplegarse nuevas maravillas sobre aquel nuevo teatro de la guerra, donde Friedland en persona, Friedland, el rival de Gustavo Adolfo, iba á encontrarse frente á frente con un Thurn y un Arnheim. Pero nada ocurrió. Halláronse en efecto muy cerca uno de otro, mas fué para tratarse como amigos, y cumplirse recíprocamente los deberes de la hospitalidad. Y mientras Alemania gemía bajo el peso de la guerra, reinaba la paz en el campamento de Wallenstein.

WALLENSTEIN.—Sólo los generales bisoños, necesitados de victorias, suelen librar batallas sin motivo alguno. Cabalmente la ventaja de un general acreditado consiste en que nada le obliga á combatir para mostrar al mundo su valor y su pericia. ¿De qué me hubiera servido ejercer con un Arnheim el ascendiente de mi fortuna? Más ventajosa hubiera sido para Alemania mi moderación, si con ella hubiese logrado desbaratar la funesta alianza de sajones y suecos!

QUESTENBERG.—Pero no lo lograsteis, y estalló de nuevo la guerra... En ella justificó el príncipe su antigua reputación. Sin descargar un solo golpe, el ejército sueco hubo de deponer las armas en los campos de Steinau, y esta vez la justicia divina entregó á la venganza á Matías de Thurn, el hombre funesto que había encendido con impía mano la tea de la discordia... Pero cayó en poder de un vencedor generoso. Lejos de ser castigado, otorgósele una recompensa. El príncipe libertó y cargó de beneficios al mortal enemigo del Emperador.

WALLENSTEIN (*sonriendo*).—Ya sé que en Viena habían alquilado ya ventanas y balcones para verle pasar en la fatal carreta. Podía perder vergonzosamente la batalla, sin que nadie alzase el grito, pero ¡privarles de semejante espectáculo!... eso no me lo perdonan nunca.

QUESTENBERG.—Libre ya Silesia, todo llamaba al duque á Baviera oprimida. Emprende en efecto la marcha, y atraviesa lentamente Bohemia tomando el camino más largo. Pero, súbitamente, antes de haber visto al enemigo, retrocede á toda prisa á sus cuarteles de invierno, y viene á oprimir el territorio del Emperador con los mismos ejércitos imperiales.

WALLENSTEIN.—Lástima daba verlos, necesitados de todo, víctimas de las mayores privaciones, y con el invierno en perspectiva. ¿Qué idea se ha formado Su Majestad de sus tropas? ¿Acaso no somos hombres de carne y hueso como los demás, y sujetos por tanto á los rigores del frío y de la lluvia, y á todo género de padecimientos? ¡Qué suerte tan condenada la del soldado! Donde quiera que va, todos huyen delante de él; en cuanto se retira, todos le maldicen. Forzado á tomárselo todo por su mano, puesto que nadie le da nada, acaba por ser objeto de horror de los mismos que se lo niegan todo y que le obligan al despojo. Aquí

están mis generales. Caraffa, conde Deodati, Buttler, decidle cuánto tiempo hace que las tropas no reciben su paga...

BUTTLE.—Un año llevamos sin cobrar.

WALLENSTEIN.—Y sin embargo, fuerza es que el soldado reciba la soldada; hasta su mismo nombre trae de ella su origen.

QUESTENBERG.—No era éste el lenguaje del duque de Friedland ocho ó nueve años atrás.

WALLENSTEIN.—Es verdad; he aquí mi falta; yo mismo he acostumbrado mal al Emperador. Nueve años atrás, cuando la guerra de Dinamarca, puse en pié un ejército de cuarenta ó cincuenta mil hombres sin que le costara un ochavo. Aquellas furiosas huestes desencadenaron la guerra sobre Sajonia, é hicieron retemblar las orillas del Belt con el nombre del Emperador. ¡Qué tiempos aquellos! En todo el imperio no había entonces nombre más aclamado y más honrado que el mío. Alberto de Wallenstein era el tercer diamante de la corona imperial. Pero vino la dieta de los Príncipes en Ratisbona, y todo cesó. Allí descubrieron de qué fondos me había valido. ¿Y cuál fué mi recompensa por mi comportamiento de fiel vasallo, por haberme atraído la maldición de los pueblos, y haber hecho pagar á los príncipes los gastos de una guerra que sólo al Emperador engrandecía? Sacrificarme á sus quejas... deponerme!

QUESTENBERG.—Vucencia no ignora cuánto coartó la libertad del Emperador aquel desdichado congreso.

WALLENSTEIN.—¡Mil rayos!... En mis manos estaba el poder de devolvérsela... No, señor, no. Desde que me salió tan mal servir al trono á expensas del país, he aprendido á pensar de otro modo. Es verdad que del Emperador he recibido el mando, pero como general del imperio lo empleo en el bien y la salvación de todos, no en el engrandecimiento de uno solo...

Mas vengamos á lo que importa. ¿Qué quieren de mí?

QUESTENBERG.—Ante todo, quiere el Emperador que el ejército salga sin dilación de Bohemia.

WALLENSTEIN.—¿En la actual estación? ¿Y hacia dónde quiere que nos dirijamos?

QUESTENBERG.—Al encuentro del enemigo. Porque Su Majestad quiere que se purgue de ellos Ratisbona antes de Pascua, y cesen de resonar en sus catedrales las predicaciones luteranas y las abominaciones de la herejía, que profanan la santidad de aquellas fiestas.

WALLENSTEIN.—¿Es posible, señores?

ILLO.—No, no es posible.

BUTTLER.—No es posible.

QUESTENBERG.—El Emperador ha ordenado al coronel Suys que avanzara hacia Baviera.

WALLENSTEIN.—¿Y qué ha hecho Suys?

QUESTENBERG.—Lo que debía: se ha puesto en marcha.

WALLENSTEIN.—¿Se ha puesto en marcha, cuando yo le mandé expresamente que continuara en su puesto?... ¿No está á mis órdenes?... ¿Esta es la obediencia que me deben, y sin la cual no es posible la guerra?... Juzgad vosotros, señores. ¿Qué merece el oficial que viola su juramento y falta á la disciplina?

ILLO.—La muerte.

WALLENSTEIN (*viendo que los demás reflexionan, dice alzando la voz*).—Conde Piccolomini, ¿qué ha merecido?

MAX (*tras largo silencio*).—Según la ley, la muerte.

ISOLANI.—La muerte.

BUTTLER.—Con arreglo á ordenanza, la muerte.

(*Questenberg se levanta, Wallenstein hace luego lo propio, y los demás le imitan.*)

WALLENSTEIN.—Le condena la ley, no yo. Si le indulto, agradézcalo á la consideración que me merece el Emperador.

QUESTENBERG.—Entonces, nada me resta que añadir

WALLENSTEIN.—Yo no acepté el mando sino con ciertas condiciones: fué la primera, que nadie, absolutamente nadie, ni siquiera el Emperador, pudiese dar una sola orden al ejército, en menoscabo de mis atribuciones, puesto que si respondo de todo con mi honor y mi cabeza, justo es que sea el dueño. ¿Por qué fué irresistible é invencible Gustavo? Porque era el rey de su ejército, y al hombre que es realmente rey, sólo pueden vencerle sus iguales. Pero volvamos al hecho; falta lo mejor.

QUESTENBERG.—El Cardenal-infante desalojará Milán la primavera próxima para llevar un ejército español á los Países-Bajos, atravesando Alemania. Para asegurar su marcha, quiere el Emperador que vaya acompañado de ocho regimientos de caballería.

WALLENSTEIN.—¡Comprendo!... comprendo!... Ocho regimientos... ¡Qué bien imaginado está, padre Larmorain! A no encerrar tan infernal astucia, tentado estaría de calificar de necio el proyecto... ¡Ocho mil caballos!... Sí, sí, perfectamente;... ya veo á dónde se dirigen.

QUESTENBERG.—En esto no hay segunda intención... lo impone la prudencia... la necesidad lo manda.

WALLENSTEIN.—¡Señor embajador! ¿Cómo no queréis que entienda que están cansados de ver entre mis manos la espada del poder, y aprovechan el más insignificante pretexto para desmembrar mi ejército y se valen del nombre español para traer aquí nuevas fuerzas no sometidas á mi mando?... Pero soy muy fuerte todavía para que me den de lado. En mi convenio se establece que todos los ejércitos del Emperador estarán sujetos á mi mando, en toda la extensión del territorio alemán, pero no se habla ¡claro está! de tropas españolas, ni de infantes que atraviesan Alemania de paso, como viajeros... Así trabajan secretamente y en

silencio en la obra de debilitar mi poder de día en día, hasta inutilizarme del todo y sentenciarme luégo... Pero, ¿á qué semejantes rodeos, señor ministro?... Hablad con toda franqueza. El pacto que el Emperador concluyó conmigo, le pesa, y quisiera que me retirase; no es esto? Pues yo le daré este gusto. Antes de vuestra llegada lo había resuelto ya. (*Gran agitación entre los generales, que se aumenta por grados.*) Por mis capitanes lo siento, porque no veo cómo obtendrán el dinero que anticiparon, ni las recompensas que tan merecidas tienen. Un nuevo jefe se acompaña siempre de hombres nuevos, y envejecen pronto los antiguos servicios. Además, en el ejército figuran muchos extranjeros, y si á mí me bastaba que el soldado fuese hábil y valiente, sin atender para nada ni á su procedencia ni á su religión, en lo futuro será de otro modo; pero esto ya no me concierne. (*Se sienta.*)

MAX.—Dios nos libre de llegar á tal extremo. El ejército entero se sublevaría con espantoso tumulto... Sin duda se abusa del nombre del Emperador... Esto no es posible.

ISOLANI.—Es imposible; todo se desplomaría de una vez.

WALLENSTEIN.—Pues así será, mi fiel Isolani: cuanto alzamos con nuestra prudencia se hundirá en escombros. Pero ya encontrarán otro general y otro ejército para reunirse en torno del imperio, en cuanto suene el tambor.

MAX (*agitado, apasionado, va de uno á otro para apaciguarlos*).—Oídme, general; oídme, señores. ¡Calma, príncipe! Nada resolváis hasta que hayamos celebrado consejo y dirigido nuestras representaciones... Venid, amigos; creo que aún estamos á tiempo de repararlo todo.

TERZKY.—Venid, venid; á fuera encontraremos á los demás oficiales. (*Se van.*)



WALLENSTEIN.—¡ Señor de Questenberg!

BUTTLER (á Questenberg).—Si queréis seguir un buen consejo, no os presentéis en público ahora; podría ser muy bien que vuestra llave de oro no os preservara de la violencia. *(Suenan rumores dentro.)*

WALLENSTEIN.—El consejo es oportuno. Octavio, tú me respondes de la seguridad de mi huésped. ¡Señor de Questenberg!... *(Saludándole; Questenberg intenta hablar.)* No, ni una palabra más sobre este odioso asunto. Cumplisteis vuestro deber, y sé distinguir perfectamente el hombre de su cargo.

(Questenberg y Octavio intentan retirarse en el punto en que salen Goetz, Tiefenbach y Collalto, seguidos de otros comandantes.)

GOETZ.—¿Dónde está quien á nuestro general...?

TIEFENBACH *(al mismo tiempo)*...—¿Qué acabamos de oír?... ¿Quieres...?

COLLALTO.—Queremos vivir y morir contigo.

WALLENSTEIN *(señalando á Illo con dignidad)*.—El mariscal de campo conoce mi voluntad. *(Vase.)*

